

## Lenguaje y ecualización afectiva: mediación simbólica, regulación emocional y habitabilidad de la experiencia

### Language and affective equalization: symbolic mediation, emotion regulation, and the habitability of experience

Ítalo Carrera Arenas  

Instituto de Estudios Hispanoamericanos Benito Jerónimo Feijoo, Santiago, Chile.

**Enviado:** 14/04/2026

**Evaluado:** 22/04/2026

**Aceptado:** 03/06/2026

**Editora:** Andrea Báez

**Como citar:** Carrera, I. (2026). Lenguaje y ecualización afectiva: mediación simbólica, regulación emocional y habitabilidad de la experiencia. *Revista de Filosofía UCSC*, 25(1), 98 - 119. <https://doi.org/10.21703/2735-6353/3814>

#### Resumen

Este artículo propone una reformulación teórica de la relación entre lenguaje y vida afectiva a partir de una laguna compartida por dos tradiciones que rara vez se articulan con suficiente precisión. La filosofía moderna y contemporánea del lenguaje ha privilegiado las funciones representacionales, estructurales, pragmáticas, ilocucionarias y comunicativas; la psicología y las neurociencias de la emoción, por su parte, han descrito con precisión la activación corporal, la evaluación, la expresión y las estrategias de regulación. Sin embargo, ambas tradiciones dejan parcialmente indeterminado un problema común: por qué la experiencia afectiva humana es ordinariamente modulable y no mero desborde, fijación o vacío. La hipótesis sostiene que el lenguaje, entendido como mediación simbólica pública, criterial y encarnada, participa de manera decisiva -aunque no exclusiva- en la inteligibilidad y ecualización de la vida afectiva. Ecualizar no significa neutralizar ni pacificar, sino ajustar umbrales, secuencias y orientaciones para que una intensidad pueda devenir experiencia transitable. Sobre esa base se formalizan tres operaciones mínimas: diferenciación, temporalización y direccionalidad intersubjetiva. La tesis se desarrolla mediante una reconstrucción crítica del recorte moderno del lenguaje, una delimitación conceptual de afecto, emoción y regulación, una fundamentación ontogenética de la co-regulación y la internalización, una prueba negativa centrada en trauma y colapso de la mediación, una extensión al lenguaje público y una delimitación final mediante la inteligencia artificial como caso de desempeño lingüístico sin afectividad vulnerable.

**Palabras clave:** *lenguaje, afectividad, mediación simbólica.*

## Abstract

This article offers a theoretical reformulation of the relation between language and affective life by addressing a blind spot shared by two bodies of literature that are rarely integrated with sufficient precision. Modern and contemporary philosophy of language has mainly emphasized representational, structural, pragmatic, illocutionary, and communicative functions, while psychology and affective neuroscience have described bodily activation, appraisal, expression, and regulatory strategies in detail. Yet both traditions leave partly underdetermined a common problem: why human affective experience is ordinarily modulable rather than sheer overflow, fixation, or emptiness. The article argues that language, understood as a public, criterial, and embodied symbolic mediation, participates decisively - though not exclusively - in the intelligibility and equalization of affective life. Equalization here does not mean emotional neutralization, but the adjustment of thresholds, sequences, and orientations through which an intensity becomes a livable experience. On this basis, the argument formalizes three minimal operations: differentiation, temporalization, and intersubjective directedness. The thesis is developed through a critical reconstruction of the modern narrowing of language, a conceptual delimitation of affect, emotion, and regulation, an ontogenetic account of co-regulation and internalization, a negative test centered on trauma and the collapse of mediation, an extension to public language, and a final delimitation through artificial intelligence as a case of linguistic performance without vulnerable affectivity.

**Keywords:** *language, affectivity, symbolic mediation.*

## 1. Introducción

La expansión contemporánea del lenguaje como instancia privilegiada de explicación no ha resuelto, por sí misma, un problema persistente para la filosofía, la psicología y las ciencias sociales: cómo comprender la modulabilidad ordinaria de la vida afectiva. El déficit no reside en la inexistencia de teorías de la emoción ni en la ausencia de modelos sobre el significado. Reside, más bien, en una partición conceptual que distribuye de antemano lo pensable. Bajo esa partición, el lenguaje suele entenderse como representación, sistema formal, práctica comunicativa o coordinación normativa, mientras que la afectividad queda concebida como dato corporal, estado interno, impulso o perturbación que debe ser descrita, corregida, expresada o integrada desde afuera. El resultado es un punto ciego reconocible. Se dispone de teorías poderosas sobre cómo el lenguaje refiere, estructura, hace cosas o coordina, y de modelos cada vez más precisos sobre cómo las emociones se activan, se expresan, se evalúan o se regulan; pero sigue siendo insuficiente la explicación de por qué la experiencia afectiva humana es, la mayor parte del tiempo, diferenciable, transitable y relativamente habitable. La cuestión no es sólo si el lenguaje expresa emociones o si la cognición las reencuadra, sino qué hace posible que una intensidad adquiera una forma modulable sin quedar reducida ni a fisiología, ni a técnica cognitiva, ni a disciplina normativa. En esa misma dirección, desarrollos recientes en psicología del lenguaje sostienen que el significado emocional no

se agota en la mera etiqueta afectiva, sino que involucra atención, **construal y appraisal** como dimensiones articuladas lingüísticamente de la experiencia (Hoemann et al., 2025).

La relación entre lenguaje, afectividad, regulación emocional y constitución de la experiencia ha sido abordada desde tradiciones heterogéneas, aunque no siempre articuladas en torno a un mismo problema. La filosofía del lenguaje ha permitido comprender el significado como referencia, uso, acto, inferencia o normatividad pública; la fenomenología ha mostrado que la experiencia no comparece ante un mundo neutro, sino en una apertura ya tonalizada y significativa; la psicología del desarrollo ha descrito la emergencia intersubjetiva de la co-regulación, el apego y la internalización; y las ciencias afectivas han abordado la dimensión corporal, evaluativa y procesual de la emoción (Austin, 1962; Barret, 2017; Bowlby, 1969; Gross, 1998; Heidegger, 1927; Merleau-Ponty, 1945; Vigotsky, 1978; Wittgenstein, 1953). Sin embargo, cuando esas tradiciones se mantienen separadas, tiende a quedar subdeterminada una cuestión previa a la técnica regulatoria y posterior a la mera activación corporal: la constitución de la forma regulable de la experiencia afectiva. El problema no es sólo que el lenguaje nombre emociones, las exprese, las comunique o las reinterprete, sino que participa parcialmente en las condiciones bajo las cuales una intensidad corporal puede volverse experiencia diferenciable, temporalizable y orientable hacia otros. La novedad de la hipótesis reside, entonces, en desplazar el análisis desde la expresión o el control de la emoción hacia la inteligibilidad misma de su modulabilidad. La noción de ecualización afectiva nombra ese nivel: no una técnica psicológica de regulación, ni una pacificación normativa de la vida emocional, sino el ajuste simbólicamente mediado de umbrales, secuencias y orientaciones que permite que una intensidad se vuelva habitable.

Se propone la hipótesis de que el lenguaje, entendido como mediación simbólica encarnada, pública y criterial, participa de manera decisiva en la inteligibilidad y ecualización de la vida afectiva. Por ecualización no se entiende equilibrio plano, pacificación emocional ni neutralización afectiva. Se entiende el ajuste de umbrales, distancias, secuencias y orientaciones gracias al cual una intensidad puede devenir experiencia transitable. El lenguaje no produce afectos desde cero ni sustituye el cuerpo por discurso; contribuye a que una tonalidad corporal adquiera contorno, secuencia y dirección intersubjetiva dentro de un mundo compartido.

La pregunta por la modulabilidad no se confunde con la pregunta causal por el origen neurofisiológico de la emoción, ni con la pregunta psicológica por la eficacia comparada de estrategias regulatorias, ni con la pregunta normativa por la corrección social de las expresiones afectivas. Su estatuto es filosófico-conceptual: interroga las condiciones bajo las cuales una afección puede comparecer como experiencia con forma, es decir, como algo susceptible de distinción, continuidad y orientación. En este sentido, la hipótesis del artículo no afirma que el lenguaje produzca la afectividad ni que toda regulación dependa de la verbalización explícita. Afirma algo más delimitado: que en la vida humana ordinaria la mediación simbólica participa de manera decisiva, aunque no exclusiva, en la constitución de una distancia operativa entre intensidad y

respuesta, entre vivencia corporal y mundo compartido, entre perturbación inmediata y experiencia transitable.

La pregunta central puede formularse así: ¿bajo qué condiciones una intensidad afectiva se vuelve experiencia emocional regulable sin ser reducida a pura fisiología, a técnica cognitiva o a disciplina normativa? La respuesta propuesta sostiene que esa regulabilidad exige, al menos, tres operaciones mínimas: diferenciación, temporalización y direccionalidad intersubjetiva. Diferenciar significa discriminar matices, grados, mezclas y contornos; temporalizar significa sostener un antes, un durante y un después que impidan tanto el presente absoluto como la fragmentación; orientar intersubjetivamente significa inscribir la experiencia en un horizonte donde el otro no es sólo estímulo, sino interlocutor, destinatario, testigo, responsable o instancia de reconocimiento. El método es teórico-analítico e interdisciplinario por conducción filosófica, no por mera acumulación de referencias. La secuencia del argumento es la siguiente: primero, se reconstruye el recorte moderno del lenguaje y el vacío paralelo en las teorías de la regulación; segundo, se formaliza la tesis de la mediación simbólica encarnada y las tres operaciones mínimas; tercero, se examina la génesis de esa mediación en la co-regulación y la internalización; cuarto, se valida el argumento por vía negativa mediante trauma y falla de la mediación; quinto, se escala el análisis al plano colectivo, donde el lenguaje público ecualiza o desregula climas emocionales; sexto, se usa la inteligencia artificial como control negativo, mostrando que puede haber desempeño lingüístico altamente competente sin afectividad vulnerable ni mundo vivido.

El método del artículo es teórico-analítico, de conducción filosófica e interdisciplinario en sentido subordinado. No se trata de una revisión sistemática de literatura, de un estudio empírico ni de una propuesta clínica de intervención, sino de una reconstrucción conceptual orientada por la pregunta: bajo qué condiciones una intensidad afectiva puede adquirir una forma regulable y habitable. El procedimiento argumental se organiza en cuatro operaciones. Primero, una reconstrucción crítica del recorte moderno y contemporáneo del lenguaje, atendiendo a sus funciones representacionales, pragmáticas, ilocucionarias, inferenciales y comunicativas. Segundo, una delimitación analítico-conceptual de afecto, emoción, regulación, mediación simbólica, modulabilidad y ecualización, destinada a evitar tres reducciones: fisiologismo, cognitivismo regulatorio y lingüisticismo. Tercero, una indagación genealógico-ontogenética, en la que la co-regulación, el apego y la internalización permiten mostrar que la mediación simbólica no aparece como facultad privada, sino como práctica intersubjetiva sedimentada. Cuarto, una operación contrastiva, en la que trauma, lenguaje público e inteligencia artificial funcionan como casos límite: el trauma exhibe la falla de la mediación; el lenguaje público, su escala colectiva; la inteligencia artificial, la diferencia entre desempeño lingüístico y afectividad vulnerable.

De este modo, las referencias provenientes de la psicología, las neurociencias afectivas, el psicoanálisis, las ciencias sociales y los estudios sobre inteligencia artificial no se agregan como autoridad externa, sino que cumplen funciones precisas dentro de una arquitectura filosófica cuyo

eje sigue siendo la relación entre lenguaje, experiencia afectiva y condiciones de habitabilidad. La filosofía del lenguaje proporciona el marco para pensar la mediación simbólica como práctica pública, criterial e intersubjetiva; la fenomenología permite comprender la afectividad como apertura situada de relevancias; y las disciplinas auxiliares funcionan como campos de contraste, génesis y delimitación. Por ello, el artículo no deriva en una teoría psicológica de la regulación emocional, sino que formula una tesis filosófica sobre las condiciones simbólicas, corporales e intersubjetivas que vuelven habitable la experiencia afectiva humana.

## **2. Lenguaje y ecualización afectiva: mediación simbólica, regulación emocional y habitabilidad de la experiencia**

### **2.1 Recorte moderno del lenguaje y vacío de la regulación afectiva**

La modernidad instaló una imagen del lenguaje cuya potencia explicativa fue inseparable de su límite. Al fijar qué cuenta como lenguaje y qué cuenta como su éxito, fijó también qué fenómenos podían tematizarse con legitimidad. Bajo esa organización, el lenguaje quedó preferentemente asociado a representación, referencia, verdad, estructura, uso, acto, inferencia o coordinación racional. En todas estas versiones se obtuvo una comprensión más precisa del significado, pero también se produjo un efecto lateral: la afectividad tendió a aparecer como aquello que el lenguaje nombra, transporta, expresa o regula desde afuera, no como aquello cuya forma humana depende parcialmente de mediaciones simbólicas.

En la familia lógico-semántica, el lenguaje fue evaluado por su capacidad de representar estados de cosas y sostener condiciones de verdad. La inflexión fregeana fue relevante porque distinguió sentido y referencia y despsicologizó el significado, mostrando que el acceso al objeto no se agota en el objeto referido. Pero precisamente esa ganancia mantuvo una tentación: medir el lenguaje por su éxito proposicional. Bajo ese marco, la afectividad podía aparecer como contenido del que se habla, no como forma de experiencia cuya modulabilidad dependa de condiciones de inteligibilidad específicas. El afecto se vuelve predicado posible; la emoción, objeto describible; la regulación, ajuste racional o corrección de estados. La pregunta más radical, en cambio, queda desplazada: cómo una intensidad llega a ser experiencia emocional diferenciada, temporalizada y orientable.

El giro pragmático transformó profundamente este panorama. Wittgenstein (1953) mostró que el significado no es un objeto mental privado, sino una normatividad sostenida por usos y criterios públicos; por eso los términos afectivos se aprenden en juegos de lenguaje donde son posibles la atribución, la corrección y el reconocimiento. Austin (1962) mostró que hablar es también consolar, acusar, excusar, reparar o herir; Habermas (1981) formalizó el lenguaje como medio de coordinación intersubjetiva bajo pretensiones de validez. Sin embargo, incluso aquí persiste una insuficiencia: el lenguaje deja de ser espejo, pero suele seguir pensándose principalmente como práctica de coordinación, institucionalidad, argumentación o acción. La

dimensión infraordinaria de estabilización afectiva —aquella en que tonos, palabras, silencios, matices y reconocimientos sostienen transiciones sin convertirse necesariamente en actos formales— permanece subteorizada. La tradición de Grice (1975) y Davidson (1973) refuerza ese diagnóstico. Comprender ya no equivale a decodificar signos, sino a reconstruir intenciones, implicaturas y racionalidades compartidas. El aporte es clave porque impide reducir el lenguaje a código. Pero la inteligibilidad sigue modelada, en gran medida, como racionalidad inferencial o coherencia interpretativa. En esa matriz, lo afectivo aparece como estado que acompaña, motiva o perturba la interpretación, más que como dimensión donde se juega la continuidad misma de lo vivible.

El vacío paralelo aparece en las teorías de afecto, emoción y regulación. Conviene distinguir estos términos. Por afecto puede entenderse un registro primario de tonalidad, valencia e intensidad corporal, más indiferenciado que una emoción discreta (Russell, 1980). Por emoción, una configuración más diferenciada y situada de ese material afectivo bajo una significación práctica: algo cuenta como amenaza, pérdida, ofensa, culpa, logro o reparación (Lazarus, 1991; Scherer, 2001). Por regulación, finalmente, no debe entenderse sólo descenso de intensidad o conformidad expresiva, sino la estabilidad dinámica que permite transiciones sin colapso ni rigidez.

Las teorías fisiologistas y neuroafectivas han mostrado con fuerza el anclaje corporal de la emoción. Las teorías cognitivas y de appraisal explicaron, a su vez, que la emoción depende de evaluaciones situacionales y marcos de relevancia. Las teorías de emociones básicas y el constructivismo contemporáneo iluminaron, respectivamente, el peso de la biología y el papel de las categorías disponibles (Barrett, 2017; Cannon, 1927; Ekman, 1992; James, 1884; Panksepp, 1998; Schachter & Singer, 1962). El modelo procesual de Gross (1998) organizó además estrategias de intervención sobre episodios emocionales ya delimitados. Todo ello es indispensable, pero deja en pie la pregunta filosófica anterior: ¿qué hace posible que una experiencia adopte una forma suficientemente diferenciada, secuenciada y orientada como para poder ser modulada? En esa línea, una síntesis meta-analítica reciente muestra que la regulación emocional mantiene vínculos consistentes con empatía cognitiva, empatía afectiva y compasión, lo que sugiere que regular no es sólo disminuir activación, sino también modular la relación con otros y con el contexto (Salazar Kämpf et al., 2023).

El vacío conceptual puede formularse del siguiente modo: reducida a fisiología, la regulación se convierte en control de activación; reducida a cognición, en técnica de reinterpretación; reducida a norma, en disciplina de expresión. Pero la modulabilidad cotidiana exige simultáneamente más y otra cosa; exige que la experiencia afectiva adopte una forma suficientemente discriminable, temporalmente articulada y orientada hacia objetos y otros como para permitir transiciones. Lo que falta no es un mecanismo adicional, sino un operador transversal capaz de explicar cómo se constituye la regulabilidad misma de la experiencia. Ese operador no puede ser meramente corporal, porque no explica la diferencia de sentido; no puede ser meramente

cognitivo, porque presupone una forma ya delimitada; no puede ser meramente normativo, porque puede producir obediencia expresiva sin modulabilidad vivida. El lenguaje, entendido como mediación simbólica encarnada y pública, aparece entonces como candidato conceptual.

## 2.2. Mediación simbólica encarnada: tres operaciones mínimas

La tarea filosófica consiste en desplazar el enfoque desde el lenguaje entendido como objeto empírico —un sistema de signos describible externamente como artefacto— hacia el lenguaje como horizonte operativo de la experiencia humana: el medio práctico en que algo puede aparecer como algo, ser distinguible, atribuible, discutible y, por ello, habitable como mundo. La cuestión ya no es sólo cómo funcionan los signos, sino qué vuelven posible en la forma de la experiencia.

Una primera consecuencia es el rechazo del mito de lo dado. La experiencia afectiva humana no se ofrece como conjunto de unidades inmediatas, plenamente formadas y luego etiquetadas por palabras. Puede haber activaciones, tensiones, perturbaciones y climas corporales; pero para que cuenten como miedo, vergüenza, culpa, duelo, resentimiento o alivio en sentido humano, deben insertarse en un campo de inteligibilidad donde esas formas sean posibles como experiencias reconocibles. Sellars (1956), al criticar el mito de lo dado, impide pensar la experiencia como dato privado autojustificado; Wittgenstein (1953), al situar el significado en criterios públicos, impide concebir los conceptos afectivos como nombres de objetos internos accesibles sólo por introspección.

Heidegger (1927) y Merleau-Ponty (1945) permiten profundizar este punto desde la fenomenología. La afectividad no es un añadido subjetivo a un mundo neutral, sino el modo en que el mundo se abre como relevante: algo importa, pesa, amenaza, hiere, atrae o alivia. El ser humano no se encuentra primero ante hechos neutrales y luego les agrega emoción; se encuentra ya en un mundo tonalizado, cargado de significatividad práctica. Pero esa apertura afectiva no basta por sí sola para explicar la modulabilidad. Se requiere una mediación que establezca contornos, transiciones y orientaciones. Allí entra el lenguaje: no como sustituto del cuerpo, sino como una de las formas en que la experiencia encarnada puede organizarse y sostenerse dentro de un mundo compartido. Cassirer (1923- 1929) ofrece una formulación interesante al pensar el lenguaje como forma simbólica. El símbolo no se limita a reflejar un mundo ya dado; participa en la constitución de dominios de sentido donde ciertas distinciones se vuelven posibles. Esto resulta especialmente visible en emociones cuya forma presupone marcos de imputación, responsabilidad, expectativa y normatividad: culpa, vergüenza, resentimiento, indignación moral. No se trata de decir que sin palabras no hay afecto, sino de afirmar que muchas formas de experiencia afectiva humana dependen de mediaciones simbólicas sin las cuales no existirían como tales.

Sobre esa base pueden formalizarse tres operaciones mínimas. La primera es la diferenciación. La experiencia afectiva se vuelve regulable cuando deja de permanecer como excitación indiferenciada y adquiere contornos. Diferenciar no significa sólo disponer de etiquetas

verbales; significa poder discriminar cualidades, intensidades y mezclas: distinguir rabia de humillación, temor de inquietud, culpa de tristeza, irritación de furia, o incluso sostener ambivalencias sin colapsarlas en un estado único. Sin diferenciación, el afecto aparece como todo o nada, y la regulación queda reducida a contención o descarga. El lenguaje participa en esta operación porque ofrece una gramática pública de matices, umbrales y figuras que permite que la experiencia se establezca como algo decible, atribuible y discutible. Hallazgos recientes sobre distanciamiento lingüístico muestran, además, que la regulación modifica espontáneamente rasgos del habla y la escritura —como el descenso del autosingular y ciertos desplazamientos de abstracción o impersonalidad—, incluso en clave translingüística, lo que vuelve empíricamente plausible que el lenguaje participe en la modulación de la experiencia y no sólo en su descripción posterior (Holmes et al., 2024).

La segunda operación es la temporalización. La afectividad humana no es regulable si se da como puro presente saturado o como fragmentación sin continuidad. Una experiencia se vuelve habitable cuando puede organizarse mínimamente en un antes, un durante y un después; cuando puede sostener umbrales, transiciones, retornos y residuos sin quedar fijada en repetición o vacío. Temporalizar no equivale a narrar literariamente lo vivido ni a convertir toda emoción en relato explícito. Significa que la experiencia adquiere secuencia suficiente para no confundirse con inmediatez absoluta. El lenguaje contribuye aquí al introducir formas de articulación temporal, distancia, expectativa e inscripción práctica.

La tercera operación es la direccionalidad intersubjetiva. La experiencia afectiva humana no se agota en intensidad interna; se orienta hacia objetos, situaciones y otros. Esa orientación no es estable por naturaleza: puede perderse en ansiedad flotante, rigidificarse en enemistad absoluta o desorganizarse por colapso del vínculo. La direccionalidad se vuelve regulable cuando puede inscribirse en un espacio de reconocimiento donde el otro cuenta como interlocutor, testigo, destinatario, responsable o fuente de reparación. El lenguaje participa en esta operación al proporcionar criterios públicos de atribución, disputa y validación. Permite que la experiencia no quede encerrada en lo privado ni disuelta en pura exterioridad.

Estas operaciones no son mecanismos psicológicos discretos ni técnicas terapéuticas. Nombran condiciones de inteligibilidad. Allí donde una experiencia puede diferenciarse, temporalizarse y orientarse intersubjetivamente, la regulación deja de ser mera inhibición y se convierte en modulabilidad. Ecualizar significa precisamente eso: ajustar intensidades, distancias y secuencias para que la experiencia no quede reducida ni al desborde ni a la anestesia. Allí donde esas operaciones fallan, la vida afectiva tiende a degradarse en exceso indiferenciado, presente perpetuo o desorientación relacional. El lenguaje, entendido como mediación simbólica encarnada, es un candidato fuerte para explicar por qué esas operaciones pueden sostenerse en la vida humana ordinaria sin agotar por sí solo toda la explicación.

Por modulabilidad no se entiende una facultad psicológica aislada, una arquitectura modular de la mente ni una modalidad lógica o trascendental en sentido kantiano. Tampoco se emplea el término como equivalente estricto de la variación eidética husserliana, aunque pueda compartir con ella una preocupación general por las condiciones de aparición de una forma de experiencia (Kant, 2005; Husserl, 2013). En el presente argumento, modulabilidad designa una condición formal-práctica de la vida afectiva: la posibilidad de que una intensidad no quede clausurada como desborde, fijación, vacío o repetición, sino que pueda adquirir contorno, secuencia y orientación. Su estatuto no es meramente psicológico, porque no nombra una estrategia subjetiva disponible para un individuo ya constituido; tampoco es trascendental en sentido fuerte, porque no se presenta como estructura ahistórica de la subjetividad. Se trata, más bien, de una condición de inteligibilidad históricamente mediada, corporalmente situada e intersubjetivamente aprendida. Una experiencia es modulable cuando puede diferenciarse sin fragmentarse, temporalizarse sin quedar capturada por el presente absoluto y orientarse hacia otros sin reducirlos a amenaza, fusión o exterioridad indiferente.

La tesis exige restricciones. En primer lugar, no se afirma que el lenguaje cause el afecto. El afecto, como registro primario de tonalidad e intensidad corporal, posee una base biológica ineludible. En segundo lugar, no se pretende explicar la biología de la emoción. El argumento identifica condiciones de inteligibilidad, no circuitos causales. En tercer lugar, no se sostiene que la articulación verbal garantice regulación. Nombrar puede modular, pero también puede rigidizar, racionalizar defensivamente o intensificar. Estas restricciones son esenciales porque impiden que la tesis derive en un lingüisticismo ingenuo.

### 2.3. Génesis de la mediación: co-regulación, internalización y temporalidad

Si la inteligibilidad lingüística participa en la modulabilidad afectiva, surge una objeción inmediata: ¿cómo emerge históricamente una condición de este tipo? ¿No habría un círculo en afirmar que el lenguaje vuelve regulable la experiencia si esa misma experiencia debía existir antes de que el lenguaje pudiera operar sobre ella? La respuesta exige abandonar una imagen ahistórica del trascendental. Las condiciones de inteligibilidad humanas no aparecen como estructuras privadas preformadas; se instituyen primero en prácticas intersubjetivas y luego pueden reorganizarse como recursos de autorregulación. La condición no nace en el interior del individuo aislado. Existe primero como normatividad práctica, como forma pública de respuesta, reconocimiento y temporalización. Vygotsky (1978) formuló este punto con claridad: las funciones superiores aparecen primero en el plano interpsicológico y sólo después se reorganizan intrapsíquicamente. La mediación simbólica no es una prótesis añadida a una mente ya terminada, sino una transformación funcional de la experiencia. En la regulación afectiva esto significa que lo que más tarde aparecerá como capacidad de sostener distancia, nombrar sin colapsar o introducir secuencia en lo vivido, ha debido existir antes como forma de co-regulación con otros. La

modulabilidad humana no nace como autocontrol soberano; nace como regulación distribuida. El sujeto no inventa desde cero los criterios de diferenciación, temporalización y reconocimiento; entra en un mundo donde ya existen formas de responder, esperar, reparar, prohibir, autorizar y nombrar.

Las investigaciones sobre infancia temprana permiten precisar esta estructura sin reducirla a cronología rígida. Trevarthen (1979) mostró que la intersubjetividad primaria se organiza en ritmos, turnos y musicalidades de interacción previas al lenguaje proposicional. Stern (1985) describió afectos de vitalidad y formas dinámicas de intensidad que ya son sintonizadas por el otro: ascensos, caídas, estallidos, pausas, aceleraciones y decaimientos que configuran una primera temporalidad afectiva. Bruner (1983) analizó formatos repetibles de interacción en los que expectativa, anticipación y cierre producen una proto-temporalidad compartida. Bowlby (1969) mostró que el apego funciona como matriz relacional de seguridad y calibración, es decir, como condición para que la perturbación no destruya la continuidad del mundo vivido. Reddy (2008) y Tomasello (2014), desde perspectivas distintas, subrayaron que el infante no se limita a descargar estados internos, sino que aprende a orientar atención, gesto y demanda hacia un otro cuya respuesta cuenta. Todo ello sugiere que la inteligibilidad afectiva emerge primero como escena regulada entre sujetos. La diferenciación no comienza como clasificación introspectiva, sino como respuesta socialmente modulada a patrones de intensidad. El entorno trata algunas señales como hambre, otras como miedo, otras como fatiga, otras como búsqueda de contacto. Esa respuesta no es simple reacción causal; es criterio en acto. La temporalización tampoco nace de una narración explícita; aparece en pausas, esperas, reparaciones, retornos y secuencias de calma y sobresalto. La direccionalidad intersubjetiva está presente desde el momento en que el afecto se orienta a un destinatario y no sólo a un estímulo. La internalización de estas operaciones no consiste en copiarlas dentro del sujeto, sino en reorganizar la experiencia de tal forma que el individuo pueda ejercer sobre sí una mediación antes sostenida por la interacción.

En este sentido puede decirse que el lenguaje se vuelve modulador. No lo es desde el inicio como sistema abstracto de signos disponible para un yo autónomo. Se vuelve modulador porque sedimenta una distancia operativa en la experiencia: distancia entre activación y respuesta, entre intensidad y acto, entre presente afectivo y continuidad temporal, entre vivencia privada y reconocimiento público. Esa distancia no elimina el cuerpo ni la inmediatez; impide que la inmediatez absorba por completo la experiencia. La regulación simbólica es la posibilidad de una mediación indirecta. Cuando esa mediación se consolida, el sujeto no deja de sentir; adquiere un rango más amplio de transiciones posibles. Puede discriminar sin rigidificar, sostener un afecto sin quedar saturado por él y orientar su experiencia hacia otros sin que el otro se vuelva automáticamente amenaza, fusión o enemigo.

La historicidad de la mediación permite además comprender por qué la regulación no debe pensarse como triunfo lineal de la racionalidad. Lewis (2005) ha mostrado, desde una perspectiva dinámica, que la regulación puede entenderse como estabilización de patrones en sistemas

complejos, donde las trayectorias afectivas se sedimentan en formas relativamente duraderas, aunque no inmutables. Lo simbólico no garantiza flexibilidad: puede también cristalizar rigideces, rumiaciones, autoimputaciones absolutas o formas de vigilancia sobre sí. El lenguaje puede abrir distancia, pero también puede encerrar; puede temporalizar, pero también repetir; puede orientar, pero también fijar culpables absolutos. Esta observación impide tratar la mediación como remedio universal. Su valor está en ampliar el rango de modulabilidad, no en suprimir la vulnerabilidad. Por eso la genealogía no es un apéndice del argumento, sino una pieza fundamental. Muestra que la condición de inteligibilidad afectiva es histórica, relacional y falible. Si la experiencia modulable emerge en prácticas de co-regulación e internalización, entonces puede fortalecerse, desplazarse o quebrarse. La ontogenia confirma la tesis sin convertirla en empirismo: no prueba causalmente un modelo filosófico mediante un experimento aislado, sino que muestra que las condiciones de inteligibilidad no flotan en el aire. Tienen historia, dependen de prácticas, se sedimentan en vínculos y pueden perder consistencia. Justamente porque pueden quebrarse, trauma y desregulación afectiva no son accidentes marginales, sino ventanas estructurales sobre la precariedad de la habitabilidad humana.

#### **2.4. Prueba negativa: trauma y colapso de la mediación simbólica**

La función de una condición se vuelve más visible cuando falla. Trauma, pánico y ciertas formas de violencia impulsiva tienen valor heurístico precisamente por eso. No constituyen la esencia de toda vida afectiva, pero muestran por contraste qué debía estar operando en la experiencia ordinaria para que ésta no colapsara. En estas situaciones no falta afecto; con frecuencia sobra. Lo que se pierde es la posibilidad de alojarlo en una forma transitable. La experiencia deja de poder sostenerse como secuencia, contorno y orientación. El fracaso es, así, un fracaso de mediación antes que una ausencia de emoción.

La primera falla es la de diferenciación. En el pánico o en ciertas configuraciones traumáticas, la experiencia aparece como alarma total. El sujeto no carece de intensidad; está saturado. Lo que se debilita es la posibilidad de discriminar matices, grados y diferencias que abran alternativas de respuesta. El miedo se vuelve indistinguible de muerte inminente; la vergüenza, de aniquilación social; la ira, de necesidad inmediata de descarga. En otros casos ocurre el reverso: la experiencia se aplan y aparece como vacío, entumecimiento o nada afectiva. En ambos extremos la modulabilidad se degrada porque el afecto no logra adquirir contorno. Janet (1889) vio tempranamente esta desorganización al describir el trauma como ruptura de síntesis e integración: no una ausencia de memoria o emoción, sino una experiencia que no logra reunirse en una forma suficientemente estable para ser soportada.

La segunda falla es la de temporalización. El trauma se reconoce, entre otras cosas, porque el pasado no pasa. Lo ocurrido retorna con la fuerza de un presente absoluto o se fragmenta en restos intrusivos, sobresaltos, imágenes, estados corporales o repeticiones sin distancia. Freud

conceptualizó esta insistencia en términos de compulsión a la repetición y falta de ligadura: algo retorna porque no ha sido integrado en una temporalidad que permita decir que ocurrió y que, aun afectando, no es idéntico al presente (Freud, 1920). Ricoeur (1984) permite nombrar la misma estructura como quiebre de configuración temporal: la experiencia no logra inscribirse en una trama mínima de antes, durante y después. Van der Kolk (2014), al insistir en la persistencia corporal del trauma, muestra que la no integración puede conservarse en registros somáticos y no declarativos: sobresalto, hipervigilancia, anestesia, fragmentos perceptivos. Leys (2000) advierte, sin embargo, que el campo oscila entre naturalizaciones automáticas y reducciones narrativistas si no se piensa adecuadamente la mediación. La tesis aquí evita ambos extremos: el trauma no es pura inscripción corporal ni puro relato fallido; es colapso de temporalización encarnada y simbólica. De modo convergente, revisiones recientes sobre narrativas no traumáticas en personas con Trastorno de estrés postraumático (o TEPT) muestran un uso diferencial de palabras emocionales incluso fuera del relato del evento traumático, lo que sugiere que la alteración no afecta sólo el contenido recordado, sino la organización lingüístico-afectiva más amplia de la experiencia (Knoff et al., 2024).

La tercera falla es la de direccionalidad intersubjetiva. El trauma interpersonal y muchas formas de pánico o violencia muestran que la experiencia puede perder su orientación modulable hacia el otro. En ocasiones el otro se vuelve amenaza estructural; en otras, enigma opaco, figura moral absoluta o instancia de exposición insoportable. La ansiedad se vuelve flotante o totalizante; la descarga agresiva parece la única vía de resolución; la vergüenza se rigidiza como identidad entera; el vínculo deja de operar como espacio de reconocimiento y reparación. Herman (1992) mostró que el trauma compromete seguridad, confianza y pertenencia, no sólo memoria o activación. Cloitre et al. (2013) y la literatura sobre trauma complejo permiten precisar que la falla afecta autorregulación, autoorganización e intersubjetividad, es decir, compromete simultáneamente la modulabilidad afectiva, la continuidad del sí mismo y la orientación hacia otros. Lacan (1964) introduce una formulación útil: lo traumático puede pensarse como irrupción de aquello que no encuentra inscripción suficiente en el orden simbólico y retorna como real insistente. Esta referencia no pretende convertir el argumento en una teoría psicoanalítica total en ninguna medida. Su valor es negativo: nombra el punto donde la simbolización no logra alojar el acontecimiento en un mundo inteligible. En esa falla, lo ocurrido no se convierte en pasado configurado; insiste como presencia sin distancia. La convergencia con Janet, Freud y Ricoeur no reside en una doctrina común, sino en una estructura compartida: la falla traumática es pérdida de síntesis, ligadura, configuración temporal e inscripción simbólica.

La prueba negativa tiene una consecuencia epistemológica importante. Muestra que la regulación no puede definirse como simple reducción de intensidad. Puede haber aparente calma y persistir colapso temporal o cierre relacional; puede haber control conductual y mantenerse una experiencia fijada o vaciada; puede haber discurso abundante y no existir verdadera

temporalización. La regulación como modulabilidad exige que la experiencia adopte una forma transitable. Trauma, pánico y violencia impulsiva revelan precisamente lo contrario: intensidades sin figura suficiente, tiempo sin secuencia y orientación sin mundo compartido. Ahí se hace visible, en negativo, que la mediación simbólica no es un lujo cultural añadido a una biología completa, sino parte de la infraestructura que vuelve habitable la afectividad humana. Esto no significa que la cura deba reducirse a verbalización. Nombrar no basta. El argumento no prescribe una técnica clínica ni un programa moral. Su alcance es conceptual. Lo traumático importa aquí porque muestra qué se pierde cuando se quiebran las operaciones que hacían de la experiencia algo modulable. Por eso la prueba negativa no es accesorio: permite ver que el lenguaje, entendido como mediación simbólica encarnada, cumple una función estructural en la regulación afectiva ordinaria. Lo que en la vida cotidiana opera discretamente se vuelve visible en la falla.

## 2.5. Lenguaje público y ecualización afectiva de lo común

El paso del plano individual al plano colectivo no agrega un problema ajeno al argumento, sino que despliega la misma lógica en otra escala. Si la experiencia afectiva individual se vuelve modulable en la medida en que puede diferenciarse, temporalizarse y orientarse intersubjetivamente, en el plano colectivo esa modulabilidad depende de marcos simbólicos públicos que estabilizan qué cuenta como relevante, qué intensidades resultan tolerables y qué transiciones son posibles sin colapso. Una comunidad no comparte sólo información o normas; comparte también una economía de expectativas afectivas. Esa economía no implica homogeneidad sentimental ni unanimidad moral, sino condiciones mínimas para que lo común exista como mundo vivido y no como mera coexistencia de interiores incommunicables.

Durkheim (1912) ofrece una primera clave al mostrar que las representaciones colectivas instituyen el mundo social como mundo. No organizan sólo creencias; fijan también lo que cuenta como amenaza, ultraje, deber, esperanza o pérdida. Weber (1992) refuerza el argumento al sostener que la acción social se orienta por sentido comprensible; la convivencia presupone que las acciones del otro puedan ser leídas dentro de un horizonte de significado compartido. Elias (1939) añade que los umbrales afectivos son históricos y se sedimentan en procesos de larga duración donde se forman sensibilidades, vergüenzas, agresividades y formas de autocontrol. Arendt (1958) insiste en que el mundo común requiere un espacio de aparición donde palabra y acción estabilicen lo real entre los seres humanos. Habermas (1962; 1981) formaliza modernamente este punto: aun el desacuerdo necesita criterios compartidos para que la crítica no degenera de inmediato en pura deshumanización.

Leídas desde el problema de la afectividad, estas tradiciones convergen en una tesis fuerte: el lenguaje público no organiza sólo cogniciones; organiza también habitabilidad afectiva. Determina qué se puede sentir como legítimo, qué intensidades son interpretables, qué escaladas son tolerables y qué transiciones pueden sostenerse sin que el mundo común se fracture. Un espacio

público con marcos múltiples, recursos de matización y temporalidades relativamente estables permite que el conflicto sea vivido como desacuerdo y no automáticamente como guerra moral. Un espacio público empobrecido vuelve más probable que el otro aparezca como figura rígida de amenaza, traición o contaminación.

La teoría del framing y el análisis de metáforas resultan particularmente útiles para precisar este punto. Gamson (1992) mostró que los marcos de acción colectiva no sólo seleccionan información; producen indignación, esperanza, miedo y formas de orientación hacia la acción. Lakoff (2002) mostró que las metáforas políticas no son adornos del debate, sino estructuras que organizan percepción moral y afectiva: hablar de invasión, pureza, infección, seguridad o familia modifica umbrales públicos de amenaza, compasión o castigo. Nussbaum (2013) recuerda que las emociones públicas forman parte de la vida política y de la justicia, no como irrupciones irracionales, sino como componentes de pertenencia, cuidado, exclusión y resentimiento. Illouz (2007) añade que los repertorios emocionales contemporáneos se remodelan en diálogo con mercados, medios y experticias que aceleran la exposición afectiva y transforman las gramáticas del reconocimiento. Estudios recientes de discurso político muestran, en efecto, que la polarización no depende únicamente de contenidos ideológicos, sino también de estructuras emocionales recurrentes que convierten determinados objetos en amenazas u oportunidades para un bien percibido como vulnerable (Alcántara-Plá, 2025).

La degradación del lenguaje público no produce sólo error informativo, produce desregulación afectiva colectiva. Cuando el espacio público se empobrece en marcos, metáforas y recursos de complejidad, tiende a perder simultáneamente diferenciación, temporalización y direccionalidad modulable. Pierde diferenciación porque el conflicto se organiza en oposiciones rígidas; pierde temporalización porque el presente se absolutiza y la memoria se convierte en arma o repetición; pierde direccionalidad intersubjetiva porque el otro queda fijado como enemigo, amenaza o figura moral absoluta. En esas condiciones, la esfera pública deja de ecualizar y comienza a amplificar. La crisis del lenguaje público es también una crisis de habitabilidad afectiva de lo común. Esto no equivale a idealizar la deliberación racional ni a convertir la política en terapia. El punto es más acotado. Una comunidad puede vivir conflicto intenso y seguir siendo habitable si dispone de mediaciones simbólicas suficientes para sostener complejidad, secuencia y reconocimiento. Puede, en cambio, disponer de enorme circulación discursiva y volverse menos habitable si esa circulación intensifica absolutos, presentismos y enemizaciones. El problema no es sólo cuánto se comunica una sociedad, sino qué calidad de mediación ofrece para que sus afectos colectivos no colapsen en hostilidad difusa, miedo omnipresente, cinismo generalizado o indiferencia defensiva.

Esta ampliación colectiva permite además corregir un posible malentendido de la tesis. Pensar el lenguaje como infraestructura afectiva no significa reducir lo social a discurso. El mundo vivido colectivo se sostiene también en instituciones, materialidades, tecnologías, economías del

tiempo, condiciones laborales y distribuciones de poder. Pero esas condiciones no se vuelven experiencia común sin marcos simbólicos que las hagan legibles, disputables y temporalizables. La mediación pública no reemplaza la materialidad; la vuelve políticamente inteligible y afectivamente habitable o inhabitable. Por eso la pregunta por el lenguaje público no es un lujo cultural: es una pregunta por los umbrales compartidos de lo soportable.

## 2.6. Inteligencia artificial como control negativo: lenguaje sin afecto encarnado

La IA opera como control negativo porque permite distinguir entre competencia lingüística funcional y afectividad vulnerable. Un sistema conversacional puede producir enunciados adecuados, simular registros, suscitar atribuciones de empatía e incluso intervenir pragmáticamente en la experiencia afectiva de un usuario; sin embargo, ello no implica que participe del mismo régimen de pérdida, daño, irreversibilidad, exposición temporal y necesidad de habitabilidad que caracteriza a una vida humana. Si la IA puede generar efectos afectivos sin poseer afectividad vulnerable, entonces el lenguaje no basta, por sí solo, para fundar regulación afectiva en sentido fuerte. Pero si esos efectos se producen en sujetos humanos precisamente porque estos se hallan abiertos a mediaciones simbólicas, entonces el caso de la IA confirma indirectamente la potencia del lenguaje en la ecualización afectiva. Muestra que el lenguaje humano importa no como mera producción de signos, sino como mediación inscrita en una forma de vida encarnada, temporal e intersubjetivamente expuesta.

La discusión sobre técnica, tecnología e individuación permite afinar este contraste. Simondon (1958) piensa los objetos técnicos no como simples instrumentos externos, sino como modos de operación e individuación que reorganizan relaciones entre sujetos, medios y mundos. Latour (1994), desde otra perspectiva, comprende la mediación técnica como una transformación de cursos de acción y no como mero transporte neutral de intenciones previamente dadas. Ambos, ayudan a precisar el estatuto de la IA como mediación socio-técnica capaz de intervenir en circuitos humanos de reconocimiento, orientación, consuelo o desregulación. Sin embargo, esa eficacia mediadora no equivale a afectividad propia. La IA puede participar en escenas humanas de ecualización afectiva como dispositivo de mediación, pero no por ello queda incorporada al mismo régimen de vulnerabilidad encarnada que vuelve necesaria la regulación en sentido humano. Su relevancia filosófica reside en esa asimetría: media afectivamente sin padecer afectivamente como una vida expuesta al tiempo, al daño y a la pérdida.

La escena contemporánea de los sistemas conversacionales vuelve visible una posibilidad conceptualmente clave: puede existir producción lingüística altamente competente, incluso capaz de desplegar registros de empatía y sintonía afectiva, sin que por ello exista una experiencia afectiva propia que requiera ser modulada. Este hecho no invalida la tesis del artículo; la vuelve más afinada. Funciona como control negativo. Muestra que el lenguaje puede rendir públicamente sin estar

inserto, del lado del sistema, en el mismo régimen de vulnerabilidad temporal y afectiva que caracteriza a una vida humana.

La prueba de Turing (1950) desplazó la pregunta por la inteligencia hacia la indistinguibilidad conversacional, y ELIZA mostró pronto que una interacción relativamente simple podía suscitar en los usuarios la experiencia de ser comprendidos (Weizenbaum, 1966). Wittgenstein (1953) y Sellars (1956) ayudan a entender por qué: los criterios de significado y comprensión son públicos, y el vocabulario mentalista funciona dentro de prácticas compartidas de atribución. Dennett (1987) formalizó esta intuición con la postura intencional: tratamos a ciertos sistemas como si tuvieran creencias o deseos porque esa estrategia organiza y predice su comportamiento. Todo esto explica por qué la atribución de empatía a sistemas conversacionales puede ser pragmáticamente eficaz. Pero esa eficacia no resuelve la cuestión ontológica. Searle insistió en que manipulación sintáctica y comprensión semántica no son equivalentes; Dreyfus (1972) subrayó que la inteligencia humana no es mera aplicación de reglas, sino competencia situada en un mundo de relevancias prácticas; el enactivismo radicalizó el punto al pensar el significado como sense-making, es decir, constitución encarnada de relevancias bajo condiciones de viabilidad (Gallagher, 2017; Hutto & Myin, 2013; Searle, 1980; Varela et al., 1991). Estos enfoques convergen en una cuestión central para el argumento: la vida humana está expuesta a pérdida, daño, irreversibilidad, saturación y colapso. Es esa exposición la que vuelve pertinente hablar de regulación afectiva.

Un sistema puede generar enunciados que produzcan reconocimiento, consuelo o acompañamiento en el usuario. Puede incluso optimizar ese efecto. Pero no está claro que el sistema se encuentre bajo el mismo régimen de vulnerabilidad que hace del afecto humano un problema de habitabilidad. No puede colapsar traumáticamente en sentido humano, no puede quedar fijado en repetición vivida, no puede perder un mundo como pérdida experimentada, salvo por analogía proyectiva. Esto no vuelve irrelevante a la inteligencia artificial; al contrario. La interacción con sistemas lingüísticos puede modular realmente a los humanos precisamente porque los humanos están estructuralmente abiertos a la mediación simbólica. La IA puede producir efectos afectivos en nosotros sin poseer, ella misma, una afectividad vulnerable. La literatura reciente sobre modelos de lenguaje y empatía confirma esta ambivalencia: estos sistemas pueden reconocer emociones y producir respuestas percibidas como empáticas, pero ello no resuelve si hay experiencia afectiva propia o mera simulación funcional (Sorin et al., 2024).

La consecuencia delimita la tesis. El caso de la IA impide tanto el triunfalismo lingüístico como el reduccionismo conductista. Si basta el rendimiento conversacional para activar atribuciones de empatía, entonces el lenguaje es más poderoso de lo que suponían las teorías que lo reducían a información. Pero si ese rendimiento puede separarse de una vida afectiva expuesta al tiempo, al otro y a la pérdida, entonces el lenguaje no es suficiente por sí mismo para hablar de regulación afectiva en sentido fuerte. Donde hay vida humana, la modulabilidad afectiva presupone

mediaciones simbólicas; pero la mera producción exitosa de signos no equivale todavía a existencia afectivamente vulnerable. La IA muestra que puede haber lenguaje funcional sin mundo vivido. Precisamente por eso ayuda a pensar con más rigor por qué el lenguaje humano importa para la regulación: no por su sintaxis ni sólo por su eficacia informativa, sino por su inserción en una forma de vida temporalmente expuesta. Por eso la discusión contemporánea ha subrayado que puede haber lenguaje de cuidado sin conciencia, vulnerabilidad ni reciprocidad moral equivalentes a las humanas, esto es, una forma de empatía simulada cuya eficacia pragmática no debe confundirse con afectividad vivida (Ajeesh & Joseph, 2025).

El trayecto filosófico desarrollado debe leerse como una progresión única y no como una mera serie de desplazamientos temáticos. La reconstrucción del recorte moderno del lenguaje permite formular el déficit conceptual inicial; la formalización de diferenciación, temporalización y direccionalidad intersubjetiva establece el núcleo propositivo; la génesis ontogenética muestra que esas operaciones no emergen como facultades privadas, sino como escenas de co-regulación; el trauma permite observar negativamente lo que ocurre cuando la mediación colapsa; el lenguaje público desplaza el análisis hacia los umbrales compartidos de habitabilidad afectiva; y la inteligencia artificial delimita el alcance de la tesis al mostrar que puede haber desempeño lingüístico sin afectividad vulnerable. En conjunto, estas estaciones sostienen una misma afirmación: la experiencia afectiva humana no se vuelve regulable sólo porque disminuya su intensidad, sino porque adquiere una forma simbólicamente mediada, corporalmente situada e intersubjetivamente reconocible.

### 3. Conclusión

La tesis desarrollada permite reordenar un campo disperso. Frente a la imagen moderna del lenguaje como representación, sistema, acto o coordinación, y frente a la fragmentación contemporánea de la regulación afectiva en registros fisiológicos, cognitivos o normativos, se ha propuesto pensar el lenguaje como mediación simbólica encarnada. En este registro, su función no consiste en describir afectos ya formados ni en sustituirlos por discurso, sino en participar en la inteligibilidad misma de la experiencia afectiva. La regulación no aparece ya como control de intensidad, aplicación de estrategia o conformidad expresiva, sino como modulabilidad de una experiencia que sólo puede regularse si posee forma. Esa forma puede describirse mediante tres operaciones mínimas: diferenciación, temporalización y direccionalidad intersubjetiva. La primera permite que una intensidad deje de presentarse como masa indiferenciada; la segunda impide que la experiencia quede capturada por el presente absoluto o por la fragmentación; la tercera la inscribe en un horizonte de reconocimiento donde el otro no es sólo estímulo, sino instancia de orientación, validación o reparación. La noción de ecualización nombra el ajuste de esas operaciones: no una armonía emocional obligatoria, sino la posibilidad de transitar una experiencia sin colapso.

La génesis ontogenética del argumento permite comprender que esta mediación no aparece como facultad privada ni como suplemento tardío. Se forma en prácticas de co-regulación, ritmos, formatos de interacción, escenas de apego, respuestas, reparaciones y criterios compartidos. La prueba negativa, por su parte, muestra que cuando la mediación colapsa -como en trauma, pánico o ciertas formas de violencia impulsiva- no desaparece la afectividad; se vuelve inhabitable. Ahí se vuelve visible, en negativo, que la regulación no puede definirse como simple reducción de intensidad, porque lo que falla es la forma misma de la experiencia.

El escalamiento al lenguaje público permite añadir que las comunidades no comparten sólo información o normas, sino también repertorios de relevancia, umbrales de tolerancia y temporalidades comunes. Cuando esos repertorios se degradan, no sólo se empobrece el debate: se desregula la experiencia afectiva de lo común. A la vez, el contraste con la inteligencia artificial delimita el alcance de la tesis al mostrar que puede haber desempeño lingüístico eficaz sin afectividad vulnerable. Esto impide tanto inflar el lenguaje hasta convertirlo en explicación total de lo humano como reducirlo a mera información. La consecuencia principal es que la afectividad humana exige abandonar la partición rígida entre interioridad emocional y exterioridad lingüística. Lo afectivo no es puro adentro, y el lenguaje no es puro afuera.

La experiencia humana acontece en una zona de mediación donde cuerpo, sentido, norma y mundo se articulan sin fundirse. Pensar el lenguaje como infraestructura de habitabilidad afectiva no cancela la biología, la normatividad ni la materialidad social; permite comprender con mayor precisión por qué una parte fundamental de la vida humana depende de mediaciones simbólicas que vuelven posible sostener relevancias, umbrales y secuencias en un mundo compartido.

## Referencias

- Alcántara-Plá, M. (2025). Political discourse, emotions, and polarization: A case study of the president of the Madrid region. *Media and Communication*, 13, Article 10717. <https://doi.org/10.17645/mac.10717>
- Arendt, H. (1958). *The human condition*. University of Chicago.
- Ajeesh, K. G., & Joseph, J. (2025). The compassion illusion: Can artificial empathy ever be emotionally authentic? *Frontiers in Psychology*, 16, 1723149. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2025.1723149>
- Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Oxford University.
- Barrett, L. F. (2017). *How emotions are made: The secret life of the brain*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss: Vol. 1. Attachment*. Basic.
- Bruner, J. S. (1983). *Child's talk: Learning to use language*. W. W. Norton.

- Cannon, W. B. (1927). The James-Lange theory of emotions: A critical examination and an alternative theory. *The American Journal of Psychology*, 39(1/4), 106–124.
- Cassirer, E. (1923–1929). *Philosophie der symbolischen Formen* (Vols. 1–3). Bruno Cassirer.
- Cloitre, M., Garvert, D. W., Brewin, C. R., Bryant, R. A., & Maercker, A. (2013). Evidence for proposed ICD-11 PTSD and complex PTSD: A latent profile analysis. *European Journal of Psychotraumatology*, 4(1), 20706.
- Damasio, A. R. (1994). *Descartes' error: Emotion, reason, and the human brain*. Putnam.
- Davidson, D. (1973). Radical interpretation. *Dialectica*, 27(3-4), 313–328.
- Dennett, D. C. (1987). *The intentional stance*. MIT.
- Dreyfus, H. L. (1972). *What computers can't do: A critique of artificial reason*. Harper & Row.
- Durkheim, E. (1912). *Les formes elementaires de la vie religieuse: Le systeme totemique en Australie*. Felix Alcan.
- Ekman, P. (1992). An argument for basic emotions. *Cognition & Emotion*, 6(3-4), 169–200.
- Elias, N. (1939). *Über den Prozess der Zivilisation: Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen* (Vols. 1–2). Haus zum Falken.
- Frege, G. (1892). Über Sinn und Bedeutung. *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik*, 100, 25–50.
- Freud, S. (1920). *Jenseits des Lustprinzips*. Internationaler Psychoanalytischer.
- Gallagher, S. (2017). *Enactivist interventions: Rethinking the mind*. Oxford University.
- Gamson, W. A. (1992). *Talking politics*. Cambridge University.
- Grice, H. P. (1975). Logic and conversation. En P. Cole & J. L. Morgan (Eds.), *Syntax and semantics* (Vol. 3, Speech acts, pp. 41–58). Academic.
- Gross, J. J. (1998). The emerging field of emotion regulation: An integrative review. *Review of General Psychology*, 2(3), 271–299.
- Habermas, J. (1962). *Strukturwandel der Öffentlichkeit: Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*. Hermann Luchterhand.
- Habermas, J. (1981). *Theorie des kommunikativen Handelns* (Vols. 1–2). Suhrkamp.
- Heidegger, M. (1927). *Sein und Zeit*. Max Niemeyer.
- Herman, J. L. (1992). *Trauma and recovery: The aftermath of violence - from domestic abuse to political terror*. Basic.
- Holmes, K. J., Kassin, L., Buchillon-Almeida, D., & Canseco-Gonzalez, E. (2024). Emotion regulation elicits cross-linguistically shared and language-specific forms of linguistic distancing. *Scientific Reports*, 14, 22605. <https://doi.org/10.1038/s41598-024-73440-6>

- Hoemann, K., Lee, Y., Dussault, E., Devylder, S., Ungar, L. H., Geeraerts, D., & Mesquita, B. (2025). The construction of emotional meaning in language. *Communications Psychology*, 3, Article 99. <https://doi.org/10.1038/s44271-025-00255-0>
- Husserl, E. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica: libro primero. Introducción general a la fenomenología pura* (J. Gaos, Trad.; A. Ziri6n Quijano, ed. y refundici6n integral). Fondo de Cultura Econ6mica.
- Hutto, D. D., & Myin, E. (2013). *Radicalizing enactivism: Basic minds without content*. MIT.
- Illouz, E. (2007). *Cold intimacies: The making of emotional capitalism*. Polity Press.
- James, W. (1884). What is an emotion? *Mind*, 9(34), 188–205.
- Janet, P. (1889). *L'automatisme psychologique: Essai de psychologie experimentale sur les formes inferieures de l'activite humaine*. Felix Alcan.
- Kant, I. (2005). *Crítica de la raz6n pura* (P. Ribas, Trad.). Taurus.
- Knoff, A. A., Vasterling, J. J., & Verfaellie, M. (2024). Beyond trauma: A review of content and linguistic characteristics of nontrauma narratives in posttraumatic stress disorder. *European Journal of Psychotraumatology*, 15(1), 2407733. <https://doi.org/10.1080/20008066.2024.2407733>
- Lacan, J. (1964). *Le seminaire, livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Du Seuil.
- Lakoff, G. (2002). *Moral politics: How liberals and conservatives think* (2nd ed.). University of Chicago.
- Latour, B. (1994). On technical mediation: Philosophy, sociology, genealogy. *Common Knowledge*, 3(2), 29–64.
- Lazarus, R. S. (1991). *Emotion and adaptation*. Oxford University.
- Leys, R. (2000). *Trauma: A genealogy*. University of Chicago.
- Lewis, M. D. (2005). Bridging emotion theory and neurobiology through dynamic systems modeling. *Behavioral and Brain Sciences*, 28(2), 169–194.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Gallimard.
- Nussbaum, M. C. (2013). *Political emotions: Why love matters for justice*. Belknap Press of Harvard University.
- Panksepp, J. (1998). *Affective neuroscience: The foundations of human and animal emotions*. Oxford University.
- Reddy, V. (2008). *How infants know minds*. Harvard University.
- Ricoeur, P. (1983). *Temps et recit* (Vol. 1). Du Seuil.

- Ricoeur, P. (1984). *Time and narrative* (Vol. 1; K. McLaughlin & D. Pellauer, Trans.). University of Chicago.
- Russell, J. A. (1980). A circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39(6), 1161–1178.
- Salazar Kämpf, M., Adam, L., Rohr, M. K., Exner, C., & Wieck, C. (2023). A meta-analysis of the relationship between emotion regulation and social affect and cognition. *Clinical Psychological Science*, 11(6), 1159–1189. <https://doi.org/10.1177/21677026221149953>
- Saussure, F. de. (1916). *Cours de linguistique generale* (C. Bally & A. Sechehaye, Eds.; A. Riedlinger, coll.). Payot.
- Schachter, S., & Singer, J. E. (1962). Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 69(5), 379–399.
- Scherer, K. R. (2001). Appraisal considered as a process of multilevel sequential checking. En K. R. Scherer, A. Schorr, & T. Johnstone (Eds.), *Appraisal processes in emotion: Theory, methods, research* (pp. 92–120). Oxford University.
- Searle, J. R. (1969). *Speech acts: An essay in the philosophy of language*. Cambridge University.
- Searle, J. R. (1980). Minds, brains, and programs. *Behavioral and Brain Sciences*, 3(3), 417–424.
- Sellars, W. (1956). Empiricism and the philosophy of mind. En H. Feigl & M. Scriven (Eds.), *Minnesota studies in the philosophy of science* (Vol. 1, pp. 253–329). University of Minnesota.
- Simondon, G. (1958). *Du mode d'existence des objets techniques*. Aubier.
- Sorin, V., Brin, D., Barash, Y., Konen, E., Charney, A., Nadkarni, G., & Klang, E. (2024). Large language models and empathy: Systematic review. *Journal of Medical Internet Research*, 26, e52597. <https://doi.org/10.2196/52597>
- Stern, D. N. (1985). *The interpersonal world of the infant: A view from psychoanalysis and developmental psychology*. Basic.
- Tomasello, M. (2014). *A natural history of human thinking*. Harvard University.
- Trevarthen, C. (1979). Communication and cooperation in early infancy: A description of primary intersubjectivity. En M. Bullowa (Ed.), *Before speech: The beginning of interpersonal communication* (pp. 321–347). Cambridge University.
- Turing, A. M. (1950). Computing machinery and intelligence. *Mind*, 59(236), 433–460.
- van der Kolk, B. A. (2014). *The body keeps the score: Brain, mind, and body in the healing of trauma*. Viking.
- Varela, F. J., Thompson, E., & Rosch, E. (1991). *The embodied mind: Cognitive science and human experience*. MIT.



- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University.
- Weber, M. (1922). *Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriss der verstehenden Soziologie*. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck).
- Weizenbaum, J. (1966). ELIZA - A computer program for the study of natural language communication between man and machine. *Communications of the ACM*, 9(1), 36–45.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations* (G. E. M. Anscombe, Trans.). Basil Blackwell.